

Programación y acontecimiento

Javier LAREU GUTIÉRREZ

Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 02/10/2010

Aprobado: 22/12/2010

Resumen:

El impulso humano hacia el orden parece acabar por instalarse en un afán de programación que, de manera anticipada, traza sobre una suerte de plano “ideal” el sentido que lo “material” ha de adoptar. De esta manera vendría a excluirse todo contacto tentativo con una realidad contingente y dotada de su propia consistencia. Sólo las cualidades más fácilmente reductibles a número tendrían cabida aquí. Y esta automatización generalizada empobrecería el flujo impredecible de lo existente tendiendo a hacer invisible lo inesperado, lo heterogéneo, lo imposible de clasificar en el instante de su irrupción y pugna por *acontecer*.

Palabras clave: Programación, diseño, plan, tecnología, máquina.

Abstract:

The human impulse towards order seems to lead to a struggle to program that, beforehand, designs on a sort of ideal map the sense that the material reality is expected to adopt. In this way any tentative contact with a contingent and consistent reality would be excluded. Only those qualities easy to quantify would find room here. And this general automatization would impoverish the unpredictable flux of all the existent, tending to render invisible the unexpected, heterodox or impossible to classify at the time of its irruption or attempt to take place.

Keywords: Programming, design, plan, technology, machine.

Borrón y plano nuevo

En 1933, Le Corbusier tuvo un *plan*. Ese plan maestro, fruto de la más estricta planificación “racional”, había de barrer el caos, la oscuridad y el hacinamiento que arruinaban las callejuelas del centro de París¹. Había llegado el momento de hacer desaparecer todos esos pequeños edificios inconexos, los callejones incongruentes y las incontables zonas en sombra acumuladas con el paso de los siglos. Ya era hora de dejar atrás ese lastre sedimentado por un pasado tan largo, con su caótico crecimiento urbano planificado sólo de forma circunstancial y fragmentaria, de acuerdo con las necesidades de cada momento y en relación con los alrededores más inmediatos con los que cada constructor había topado en su escogido rincón de la ciudad. Ciertamente, no cabía esperar gran cosa -y mucho menos un resultado global armónico- de esa abigarrada multitud de pequeños planificadores diseminados a lo largo de los siglos, afanados en idear sus pequeñas construcciones concibiéndolas desde el propio terreno, e incluso dispuestos a participar en su modesta ejecución, retocando los planes originales e incorporando nuevas soluciones sobre la marcha si acaso lo consideraban necesario. Todo ello no ponía de manifiesto más que las deficiencias de la planificación original. Una planificación precaria, corta de miras e insuficiente, que dejaba las calles siempre a expensas de nuevos retoques, parches, pequeños añadidos: en definitiva, nuevas planificaciones precarias que seguirían dando lugar a una ciudad con naturaleza de *collage*, a la manera de un inacabable *bricolage* urbano llamado a proseguir y proseguir por los siglos de los siglos. Pero eso por fin había de acabar. En adelante habían de quedar desechadas las sedimentaciones de retazos urbanos incoherentes, y el juego indescifrable entre luces y sombras, y el trabajoso “pechar” con esos fragmentos del pasado que hasta entonces seguían imponiendo su huella sobre el caótico centro de París. Ahora Le Corbusier tenía un plan.

Desde su *funcional* despacho de arquitecto, convenientemente austero y dotado de todas las herramientas necesarias para el diseño sobre plano, Le Corbusier había de trazar de una vez por toda la disposición urbanística más eficiente, la más funcional, la más *adecuada* para el centro de la ciudad. De acuerdo con las necesidades propias de la vida urbana, él sencillamente ofrecería la disposición más racional.

El problema residía en que París no era una “tierra virgen”, un espacio donde *empezar de cero*, tal y como a un primer poblador le hubiera resultado posible edificar una nueva ciudad, por ejemplo, en los Estados Unidos de América. La autonomía creadora del planificador racional chocaba en París con el condicionamiento de lo heredado, de lo ya dado, sensible estorbo para su libre planificar. El “casco histórico” de la ciudad presentaba justamente ese problema: que era *histórico*, producto de un descabalado devenir traducido en múltiples y particulares formas urbanas. Y precisamente lo que el arquitecto racional necesitaba, armado con su plano en blanco, era un terreno igual de vacío, absolutamente despejado. Ya no se trataba de limitarse a rastrear en busca de un lugar donde construir; se requería más bien un *espacio* que *diseñar*. Sólo de ese modo podía acabar concretándose, a imagen y semejanza del plano, la nueva disposición racional de la ciudad.

¹ Ese mundo de confusión, ambigüedad y desorden fue llamado “Mundo Marrón” por el arquitecto francés, y a él opuso la idea de un “Mundo Blanco”, unitario, regular y transparente, tal y como indica Tomás Pollán en “Variaciones sobre el «bricoleur»”, *Revista de Occidente*, Nº 256, 2002, pp. 61-82.

Así pues: volver a nacer, ser creada *ex nihilo*, liberarse del lastre del pasado; esa era por tanto la premisa imprescindible para que la “Razón” pudiese al fin imprimir la forma más adecuada a la ciudad. De forma paralela, en nuestro siglo XXI -según señala Zygmunt Bauman-, los consumidores instalados en el ahora y obsesionados con renovarse buscan “abolir el poder del pasado de restringir las opciones del presente”, y con ese fin apartan su vida del lugar donde venía transcurriendo, borran sus arrugas faciales o cortan por completo los compromisos y lazos personales en los que se hubiesen ido enredando, como si no fuesen más que productos que antes o después hubiese que desechar y reemplazar². No obstante, el gran arquitecto moderno ambiciona algo más que un borrón y cuenta nueva incesantes. El plan maestro de Le Corbusier, que había de modificar por completo el casco viejo de París, aspiraba a una recreación definitiva o *absoluta* de la ciudad. Su plan incluía la voluntad de acabar con toda remodelación *future*. El núcleo urbano debía adoptar por fin el diseño apropiado, según el dictado de una planificación racional exhaustiva, que vendría después a plasmarse sin que se interpusiese ninguna clase de obstáculo o resistencia. Con ello, del mismo modo que el artista moderno -caracterizado por George Steiner en *Presencias reales*-, el magno diseñador de ciudades rivaliza con Dios al querer imponerse como primer creador, anhelando poder configurar su obra sin más punto de partida que la *nada*, y pretendiendo además inscribir en ella una perfección intemporal. En ese sentido, cuando Rembrandt pugna por elevarse a sí mismo a forma pictórica, abordando la labor de su autorretrato, su desafío alcanza a cuestionar todo cuanto a él pudiera venirle ya dado o predeterminado por una creación divina anterior: el artista se rebela contra todo aquello que coarta su crear, y el culmen del mismo no puede ser otro que un supremo auto-crearse³. Pero lo cierto es que la serie de autorretratos de Rembrandt, en su diálogo mutuo y con las distintas edades del artista, también parece terminar quedándonosos corta como analogía. El pintor holandés se manchó las manos a lo largo de años y años (desde los veinte hasta su muerte a los sesenta y tres) en persecución de sus más excelsas formas. En 1933, Le Corbusier, plano en blanco en mano y pleno uso de “Razón” en la cabeza, tenía *un* plan.

Una visión

A juicio del ingeniero y matemático Descartes, no podía haber obra humana tan perfecta como aquella en la que a un solo hombre le era dado trabajar. Sin necesidad de hacer “componendas” entre los diversos restos o elementos procedentes de otros, un solo artífice podía conferir a su obra más orden y belleza que cualquier tortuosa combinación de labores o pareceres. La soledad del creador era garantía de la unidad de su ordenamiento racional. Sólo en esas condiciones, la “Razón” podía conferir plena armonía, simetría y regularidad sin fisuras a lo creado, sin enredarse en las diversas trampas de la multiplicidad contingente de lo no ideal. El sujeto autónomo debía gozar de libertad para diseñar y hacer sus cálculos, de acuerdo con la luz del espíritu. La autonomía del sujeto racional había de permitirle trasladar su identidad universal -su participación en la luz racional- a los trazos perfectamente medidos del plan. Y no otra cosa que la ordenación unitaria proporcionada por éste era la máxima aspiración del matemático e ingeniero Descartes.

2 Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 142.

3 Steiner, George, *Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1998, p. 249.

Adorno y Horkheimer, por su parte, señalarán siglos más tarde que “la Ilustración sólo está dispuesta a reconocer como ser y acontecer aquello que puede reducirse a la unidad: su ideal es el sistema, del cual pueden derivarse todas y cada una de las cosas. [...] La multiplicidad de formas queda reducida a posición y orden”⁴. Y así parece ser como, en efecto, se tratará de domesticar el inasible caos de la convivencia humana, por medio de los ángulos rectos de la nueva ciudad. Una ciudad que una mente en solitario, desde la blancura ideal de un sólo plano, ha sido capaz de abarcar y diseñar.

De tal manera, una ambición planificadora como la de Le Corbusier parece alzarse, ya desde un primer momento, como una visión *panóptica*. El ojo único que lo cubre todo, que alcanza a conocerlo y supervisar todo, se halla ya como razón de ser en el propio impulso de diseño, ya en el vasto esfuerzo ordenador de la planificación inicial. Y la ciudad resultante no será menos accesible para el elevado ojo de la mente, al que, gracias a la nueva disposición urbana, planeada de forma unitaria y conjunta, le será dado visualizar ordenadamente y calcular con precisión las posiciones de los diversos elementos urbanos, incluyendo a los habitantes de la ciudad.

Todo debe ser recto, claro y distinto: todo subordinado a la mente matemática. Así, la “Ciudad Contemporánea” ideada por Le Corbusier para el centro de París había de contar con un área de rascacielos idénticos en el centro, e hileras de edificios de viviendas dispuestas alrededor, con capacidad para tres millones de personas distribuidas así uniformemente por la superficie urbana. Con esto, con la ciudad convertida en una inmensa cuadrícula, no sólo la orientación personal (atenta al paisaje urbano) dejaría de resultar necesaria, sino que ni siquiera un humilde mapa haría falta emplear. Bastaría con saber las *coordenadas* de cada destino, pues la ciudad se habría convertido ya en un conjunto de casillas numeradas. Sus calles se entrecruzarían y conectarían por fin, con regularidad impecable, como los trazos perfectamente rectos de un mapa ideal (tan ideal como las fronteras rectilíneas que unos pocos dibujantes trazaran en 1884, desde un despacho de Berlín, para las lejanas tierras de África).

Geometría absoluta, medida eterna

El medir humano, con su diseño de figuras que acotan y separan, viene siempre a romper el *continuum* indiferenciado de lo natural y a establecer dentro de éste espacios acotados que, traducidos del plano a la realidad, no son sino regiones o lugares *cercados*, amurallados respecto a lo *in-menso* y ajeno. Lo particular del edificio o la edificación moderna, sin embargo, parece ser una presunción de autonomía extrema que se pretendería libre de todo lazo con otras formas previas o adyacentes, incluidas las atribuibles al entorno natural. En este sentido, Le Corbusier sólo necesita su espacio en blanco para diseñarlo sobre el plano; en torno a éste, en torno al área ocupada por su “Ciudad Contemporánea”, resultará indiferente lo que halla. En el estudio del arquitecto de hecho no habrá nada -sólo el vacío de lo situado fuera de los márgenes del plano-; y lo que se encuentre en la práctica sobre el terreno vendría a resultar indiferente. A la manera humanista, según el ideal de la imagen pura kantiana, la figura y la forma -*schéma* y *morphé*- serían tomadas como copertenecientes, en virtud de la regla de construcción o definición generadora de la estructura; y de ese modo llegarían a sustituir a la *phýsis* griega, dejando atrás sus generaciones imprevistas e incontrolables⁵. De acuerdo con ello, resultaría posible planificar y construir por fin con estabilidad y autonomía plenas, en virtud de imágenes

4 Adorno, Theodor, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007, p. 23.

5 Duque, Félix, *Habitar la tierra*, Madrid, Abada, 2007, p. 92.

puras del pensamiento, más allá de las vicisitudes diversas del devenir natural. La figura planificada (sobre el papel) y la forma concreta de la edificación (físicamente realizada) encontrarían una conexión perfecta en las pautas constructivas incorporadas en el *proyecto*. Y así, más allá de la perfección formal de éste, nada nos habría de preocupar.

Justamente en este sentido cabría señalar que el plan urbanístico, en su versión moderna, acaba quedando por completo *descontextualizado*, concebido como un texto sin *con*-texto. Nada hay por tanto, relativo al paisaje o la historia, que sea tenido en cuenta como *con*- del texto, como exterior pertinente para la configuración del *logos* planificador que impone medidas al *continuum* natural. No se da relación alguna con otras formas o textos, ni con fondo alguno aún no conformado o verbalizado. La *ratio* calcula aquí, corta y estipula casillas o “raciones”, sin un exterior que palpite sobre ella o se relacione con ella en cuanto acción ordenadora. Las formas geométricas pueden reinar de este modo incuestionadas, concebidas como capaces de viajar sin trabas desde el plano hasta el polvo del delimitado solar. Y con ello, “la absolutización de la geometría, la «medida de la tierra», acaba por hacer olvidar a ésta”⁶, culminando el sueño cartesiano de un mundo sistemáticamente ordenado, poblado por formas perfectamente calculables para la mente matemática.

Sin afueras

Junto a las formas geométricas, no obstante, todavía hace falta un ideal de transporte y comunicación total para terminar de cerrar el círculo. A fin de que todo acabe de quedar realmente “atado y bien atado”, aun lo más lejano ha de hallarse sumamente conectado, ligado a todas partes y acaso de manera preferente al *centro* (en el caso de Le Corbusier, reservado significativamente para los negocios). A tal efecto, el traslado tiende a hacerse inmediato, el trayecto tiende a ser borrado, y las conexiones tienden a establecerse como si discurriesen por líneas perfectamente rectas, del mismo modo que recta y sin baches ha de ser la ejecución efectiva del plan. Todo lo que suponga una incidencia o posibilidad de desvío en los desplazamientos es considerado una traba a superar, una injerencia deleznable del azar. Ya que ha de haber movimiento, se procura su control absoluto, con un mínimo rozamiento y una máxima perfección mecánica. Por lo demás, la clave tiende a situarse exclusivamente en la estipulación del *destino*, en la anticipación ideal del fin deseado, o a lo sumo de la hoja de ruta ideal (en cuanto mera sucesión de destinos). Con ello, a mayor distancia a cubrir, a mayor lejanía de los puntos a conectar, mayor poder disolvente habrá de tener la abstracción o esfuerzo de vaciamiento de toda contingencia del trayecto. En esta medida, son los traslados *aéreos* los que se muestran como los más próximos al ideal. Nada de posibles bifurcaciones desconocidas, cambios de viento, icebergs o seductores autoestopistas sobrevenidos durante el viaje. En los computadores del avión pueden inscribirse sin más las coordenadas del destino, y en su avance hacia ellas la aeronave apenas tendrá que estar programada además para no chocar con ninguna otra máquina de su misma clase. El resto es básicamente aire. (Por más que algún pequeño cuerpo de pájaro siempre se pueda entrometer.)

No eran aire, en cambio, los muchos barrios tradicionales o deprimidos de Nueva York

⁶ Duque, Félix, *Ibid.*, p. 94.

que se interponían en los planes de Robert Moses, pero esos barrios fueron *borrados* para abrir paso a las autopistas y carreteras radiales que habían de conectar el centro financiero (la cuadrículada isla de Manhattan) con los suburbios residenciales de la ciudad. Las afueras, así, quedan abarcadas como parte funcional del centro. Del ocio familiar a los negocios, de los negocios al ocio familiar, y vuelta a empezar. De ese modo había de discurrir la vida en el todo interconectado de la geométrica ciudad. Una ciudad unitaria fácilmente aprehensible por el pensamiento que calcula y así se asegura, atrincherándose en sus trazos y medidas ideales y cerrando por completo el cerco levantado en torno. Sólo caben los flujos (o más bien los desplazamientos controlados) dentro de ese espacio cercado. Dentro de los límites de ese cerco concebido sobre plano y que sin duda, a la vez que protege, inevitablemente aprisiona. Y acaso aprisiona en exceso, justamente por apostar por la sobreprotección (de la rectitud bien conocida de las formas que alberga). Pero lo cierto es que, para este pensamiento moderno que se amuralla, “absolutamente nada debe existir fuera, pues la sola idea del exterior es la verdadera fuente del miedo”⁷.

Ecuación perfecta

Empezamos anticipándonos al porvenir con Le Corbusier, que tenía un plan. Poco a poco hemos ido viendo como el impulso ordenador de ese plan, su planificación “racional”, estaba muy lejos de plantearse como un mero *designio* inicial. El *designio* había de persistir en el *diseño* (palabras ambas muy emparentadas, tanto que aún son una sola -“*design*”- en inglés). Al igual que la voluntad de un individuo se fija mediante la promesa, comprometiéndose a querer una determinada cosa independientemente del momento y las circunstancias, y volviéndose así regular y calculable⁸, el gran plan moderno pretende constituirse como una especificación de los *principios operativos* que habrían de gobernar en adelante el devenir natural, y más en concreto en lo relativo a la vida humana. Con la escisión tajante entre conocimiento y práctica, concebidas respectivamente como *suprema teoría* y *simple ejecución*, el arquitecto moderno que planifica cuenta con que la realidad adopte dócil y felizmente los diseños plasmados sobre su plano, que no vendrían a ofrecer sino aquellas figuras portadoras de las soluciones más adecuadas para la necesidad de formas a cuyo resguardo vivir. De este modo, se rechazan las soluciones parciales o circunstanciales, modestamente limitadas (siempre soluciones de *compromiso*⁹ y, por ello, sujetas a revisión y modificación). Pretendiendo pasar por encima de toda huella del pasado, se trata también de descartar toda acumulación de abigarradas huellas en el futuro. Cuanto se haya de mover podrá hacerlo, pero ordenadamente (mecánicamente), dentro de los cauces geométricos. Así es como la mesurada ordenación del espíritu logrará por fin prevalecer. Y sus pautas formales, dadas de una vez por todas en las coordenadas del plano o las instrucciones del plan, regirán por fin la realidad.

7 Adorno, Theodor, *Ibid.*, p. 31.

8 Nietzsche, Friedrich, Madrid, *Genealogía de la moral*, Alianza, 2005, p. 77.

9 Pollán, Tomás, *Ibid.*, p. 76.

Claro está que tal receta sólo funciona *aproximadamente* en eso a lo que llamamos realidad *sensible*. Una vez descendemos hasta las calles o edificios físicos en cuestión, no habrá ángulo perfectamente recto, ni desplazamiento perfectamente fluido y eficiente por más que multipliquemos las autovías. Lo material se resiste a someterse perfectamente a lo ideado para conformarlo. No obstante, en una concepción en la que prima el conocimiento formal y separado, todo queda en último término presionado para adecuarse a éste y valorado en términos de tal adecuación. Lo que cuenta es en qué medida responden las cosas a nuestras ideas, a la elevación de nuestro espíritu, a los planes racionales que tenemos para ellas. La culminación de este anhelo idealista, por tanto, está en que todo responda a nuestra *lógica*, más acá de toda alteridad o caos. Y en este sentido, en efecto, existe una realidad que, pese a su materialidad, se adapta de hecho en extrema medida a este ideal. Se trata de ese ámbito de lo real sobre el cual efectivamente hemos imprimido un carácter mecánico, *maquínico*.

La *tecnología*, el alma de la máquina, no es sino *técnica* (extensión de las capacidades humanas de trabajo) sólo que desgajada ya en gran medida de todo manejo personal por estar dotada de su propia *lógica*, esto es, de sus propios principios operativos, de su propio plan de acción al que responde en la práctica sin fisuras. El conocimiento formalizado y separado, concebido como *código* y ya no abierto a una práctica que revierta sobre él, tiene así en la *programación* tecnológica su expresión más pura. El programa informático, en cuanto plano de funcionamiento de lo tecnológico, constituye un código cerrado según el cual, a lo sumo, podría incidir sobre la máquina aquel *imput* previsto formalmente en el propio código. Con ello, en última instancia, sucedería que, bajo el primado de lo tecnológico o maquínico, terminaría por vaciarse todo tiempo y cancelarse todo peso del devenir, descartándose cualquier verdadera apertura a lo nuevo: pues en rigor no habría sino un “proceso” que estaría ya “decidido de antemano”, en la medida en que, bajo la horma tecnológica, “lo desconocido se convierte en incógnita de una ecuación, y con ello queda señalado como conocido aun antes de que se le haya asignado un valor”¹⁰. Así, en efecto, se lograría por fin que nada cayera *fuera de nuestros cálculos*. El sueño del planeador racional estaría consumado. El paradigma del control matemático habría logrado cifrar perfectamente lo real. Sólo el ámbito maquínico de lo real, claro está: el reino de las máquinas, de lo maquinal. La cuestión es hasta dónde ha de llegar éste; y hasta dónde ha llegado ya.

10 Adorno, Theodor, *Ibid.*, p. 39.

